

JULIO BELZA

Las calles de Granada

Cuarta edición 1997

serie **G**ranada

PRÓLOGO

Al margen de los callejeros estrictamente municipales o editados con otros fines comerciales no se habían realizado en Granada, en el pasado, obras que como *Las calles de Madrid* o de Barcelona o de la ciudad de México, contribuyesen a realizar una radiografía de la ciudad arrancando, en nuestro caso, en los *Anales* de Henríquez de Jorquera y llegando a la mudanza de lápidas de piedra de Sierra Elvira o de mármol en el siglo XIX, o de «fajalauzas», en nuestra centuria que acompañasen con su baile de nombres las mudanzas de nuestra historia política en ambas centurias.

Gómez Moreno y Gallego Burín, al hilo de ir redactando sus respectivas monumentales *Guías* de la ciudad, ordenaron sendos callejeros —el de Manuel en hojas encuadradas en tamaño folio— y el de Gallego Burín compuesto en forma de fichas de tamaño de media cuartilla, que permanecen inéditos. También Luis Morell y Terry redactó, en su tiempo, una incompleta relación de nombres antiguos de las calles granadinas. Callejeros que constituyen toda una reliquia histórica de la vida urbana de Granada en cuyas páginas se encontrarían la razón, origen y mudanza histórica de muchos nombres que campean escritos en las esquinas de nuestra ciudad.

Pero hasta este libro *Las calles de Granada* de Julio Belza y Ruiz de la Fuente no se ha lanzado nada a la calle, en letra impresa, que aspire a eso que se propusieron los otros proyectos que no alcanzaron la suerte de su publicación; dar explicación de los nombres de nuestras calles, plazas o placetas —nombre tan granadino— avenidas, rincones, callejones, paseos, cercados o pasajes, vistillas —otro nombre muy granadino— cuestras, colonias u otros apelativos muy específicos que se prodigan en el callejero granadino.

A lo largo de la lectura de este libro evocamos la belleza de los viejos y tradicionales nombres de la ciudad que convendría ir rescatando entre los intentos de haberlos sustituidos para honrar a los hijos que brillaron, a lo largo de los tiempos, en una Granada de tan intensa vida histórica o artística. Y pese a la labor desarrollada en ese sentido por Gallego Burín durante los años de desempeño de la alcaldía de la ciudad cuando tantos *Mesones* recuperaron sus topónimos que no consiguieron ser olvidados en el uso de los granadinos por los nuevos nombres de otros *poetas Zorrillas*, dignos

de figurar en el callejero local, pero sin desplazar aquellos nombres que ya figuraban en los viejos *Anales* de Jorquera o en la propia *Plataforma* de Ambrosio de Vico.

Es un libro útil, buena herramienta en manos de los granadinos que aciertan así a explicarse el porqué escalan muchos de sus paisanos el honor de dar nombres a muchas de sus calles; o como historias, leyendas u otras razones explican en su barrios los nombres de calles o de plazas. Y así contribuye este libro a hacer viva la cultura de la ciudad y estimula la curiosidad de los granadinos por conocer la historia diaria de una Granada —nunca mejor dicho— repleta de nombres y apellidos, ocasiones y acontecimientos, leyendas y decires como se atestiguan en todas sus esquinas. Fue así como en alguna ocasión yo me adentré en la vida de Buenos Aires —una ciudad para mí, entrañable— y aprendí el sitio exacto donde nació el *tango* y tantas otras cosas como atestiguaban los nombres de sus calles.

Cuando el pintor y meticuloso erudito local Marino Antequera escribió otro prólogo para la primera edición de este libro, se preguntaba: ¿es justo y merecido el nomenclátor granadino? Él se refería exclusivamente a como, acordes a los avatares de la vida política, aparecían o desaparecían de nuestras calles nombres más o menos ilustres de nuestra vida local —o más frecuentemente— el de figuras de nuestra vida nacional. Pero es más lamentable la suerte que corrieron, o pueden correr, aquellos nombres que apuntaban a cosas naturales o de artificio, recuerdo de edificios notables que desaparecían o leyendas que se olvidaron con el tiempo. Y el propio Marino Antequera, como durante la época que mi maestro Emilio Orozco fue concejal en el Ayuntamiento de Gallego Burín, este alcalde le requirió para que confeccionase una lista de artistas granadinos para que saltasen a denominar nuevas calles que surgían en el ensanche de la ciudad con objeto, primordialmente, de salvar los nombres que nos habían llegado vigentes en el casco antiguo. Atinada rebusca de colaboradores municipales en aquella época en la que con la asesoría del culto profesor de la Facultad de Letras granadina se completaba el callejero entonces unificado con azulejos de Fajalauza o de Talavera cuando ya Sevilla los había multiplicado para dar los nombres a sus calles con las típicas piezas cuadradas de sus azulejos a letra por cada uno de ellos y con tantos recuerdos cervantinos en las paredes de sus casa y monumentos.

Éste es un libro en el acaso brille más en su redacción la memoria y el ingenio que la labor investigadora de bibliotecas y hemerotecas. Pero eso es más vivo y atractivo, y que se convierte —se ha convertido— más que en libro de lectura convertida en un volumen de consulta que viene a enriquecer el copioso friso de la biblioteca de estudios locales que tanto se ha enriquecido, en los últimos años, en nuestra ciudad. Y entre cuyos volúmenes se imponía acometer una obra que con tanto amor y conocimiento —las dos virtudes esenciales para escribir cualquier cosa— de nuevo hoy sale a la luz de la mano de un granadino con tanta vocación de serlo como Julio Belza.

ANTONIO GALLEGO MORELL

INTRODUCCIÓN

Una calle es sólo embrión de ciudad lo que sólo fue camino por donde ir a alguna parte, al multiplicarse formando un conjunto de calles, se convirtió en ciudad y por tanto sin calle no hay ciudad

Esa es su importancia; singularísima, cuando personificando decimos mi calle, nuestra calle, como refiriéndonos nada menos que a la entrañable ubicación de nuestro hogar, donde transcurre nuestra intimidad, donde habitan otros compartiendo esa exclusividad que es la de ser vecinos de una misma calle.

Calle a la que distinguimos con un topónimo evocador de formas de vida, de costumbres, de personajes, de huellas del pasado, de historia... Y si esto es así para una sola calle, la suma de los nombres de todas las de la ciudad, es como el índice de su propia historia.

Cambiar viejas denominaciones equivale a desfigurar e incluso a borrar cuanto quedó atrás en el devenir histórico al ayer de la ciudad, tantas veces reflejado en esa tablilla esquinera que nos dice del santo, del guerrero, del artista, del poeta, del político, del sabio, del benefactor, del paisaje, del convento, de la industria, del suceso local o ese otro de más amplia trascendencia entre los avatares de la Nación.

Cuando a una calle recién nacida se la bautiza con un nombre, puede asegurarse que esa denominación, hincándose en la conciencia popular, asegura su perdurabilidad, por haber tomado carta de naturaleza, pero esos cambios introducidos por las Corporaciones municipales en la rotulación del callejero, tienen de antemano asegurado su fracaso, porque la fuerza de la costumbres es infinitamente más poderosa que cualquier acuerdo edilicio.

En calle nueva, cualquiera que sea su nombre, éste arraiga, pero en una calle vieja el nombre nuevo se ignora por el pueblo que en definitiva es quien lo usa, teniéndose entonces que recurrir a ese galimatías de ca-

lle H, antes Z, equivalente a confesar la inutilidad del rebautismo, causante por añadidura de no pocos quebraderos de cabeza para carteros, cobradores y repartidores o de graves dificultades en el catastro urbano.

Y es que las calles debieron tener un registro civil, donde nunca ni nadie, pudiera introducir cambalaches convenencieros, las más de las veces atentatorios contra la tradición, la historia, las costumbres o el recuerdo de personajes, relegados sin más al triste escalafón de glorias olvidadas.

No pretende este libro ser una historia de las calles de Granada, pues para escribirla al autor le sobran años o, mejor dicho, le faltan los muchos que necesitaría para poder completar esa árdua tarea de hurgar en el archivo municipal cartularios, actas capitulares y legajos, en busca del dato testimonial que a trueque de empachosa erudición, diera cumplida fe de lo que en principio no fueran sino meras elucubraciones teóricas.

Esa tarea, no despreciable por cierto, quédese para investigadores con más porvenir vital que quien como yo, más modestamente, ha preferido limitarse a satisfacer la curiosidad de aquellos a quienes presumo haciéndose la pregunta ¿por qué se llama así esa calle? ¿quién era ese señor que le da nombre a esa otra?

En tal caso, este libro más tendrá de diccionario del callejero granadino, con algunas pinceladas de anecdotario y aromas de leyenda —a decir de don Ramón— que de repaso viejo a una historicidad urbana, cada vez más despersonalizada, gracias a esas calles bautizadas o rebautizadas con nombres que ninguna relación guardan con la ciudad y por si esto fuera poco, una urbe que al crecer con ese uniformismo impuesto por las estructuras y actuales modos de vivir, se nos escapa y desvanece al compás del nomenclátor callejero.

Crecimiento y cambios hacen imposible que este pretendido diccionario sea completo; las biografías brevísimas de los personajes tituladores de calles, las que aún lo llevan en árabe más o menos desfigurado, las referidas a edificios religiosos, a industrias o a centros que fueron o son oficiales, las relativas a esa sangre de Granada que es el agua, las geográficas, las castrenses, las de los reinos vegetal y animal y las simplemente curiosas o pintorescas, constituirán la mayor parte de mi empeño y aún quedará una lista de calles y plazas cuya denominación no me ha sido posible aclarar, so pena de que la aparición de este libro se demore sine die, pero eso sí, quedará debidamente consignada, rogando desde ahora a quienes lo sepan o averigüen, lo hagan público para bien de la cultura.

No sé si por hacer más fácil mi labor o menos fatigosa la lectura comencé por clasificar el callejero en esos apartados que antes mencioné; como en algunos la investigación de ciertos nombres ofrecía mayores dificultades, en vez de dejar de citarlos, decidí hacerlo mediante una

INTRODUCCIÓN

personalísima interpretación tal vez muy distante del verdadero motivo de así llamarse.

He escrito lector y debiera haber dicho consultor, por cuanto este libro tiene de diccionario, incluso con su ordenación alfabética de cada uno de los capítulos y además por no creer que haya nadie dispuesto a tragarse página tras página como haría tratándose de un ensayo o de una novela.

La antigua medina árabe, aunque ya hubiera iniciado su expansión extramuros, careció de importancia hasta que surgió el barrio llamado de la Magdalena. Los posteriores ensanches fueron poco importantes hasta que al final de la tercera década de nuestro siglo, cuando se luchaba a solo catorce kilómetros de la ciudad, se inician tímidas reformas que ya en la postguerra se convierten en un auténtico crecimiento, propiciado por estímulos patrióticos o benéficos; son grupitos de viviendas unifamiliares, con destino a los mutilados de la campaña, tales como los construidos a espaldas de la ermita de San Isidro o al comienzo de la carretera de la Sierra o a la vera del Camino Nuevo del Cementerio para dar albergue a familias necesitadas, todo ello sin idea de calle y por tanto sin necesidad de denominación. La primera barriada ya con trazado de calles y hasta con una placita se construyó por iniciativa, creo, del cardenal Parrado en el Cercado Bajo de Cartuja, desde el Camino de Pulianas loma arriba hasta la carretera de Alfacar y, naturalmente, como cuadraba con la exaltación patriótica del momento, recibieron algunas de aquellas calles nombres relacionados con figuras de nuestro pasado imperial, de infantes o pilotos caídos en la contienda y hasta de gerifaltes de la retaguardia.

Sin pretender establecer una cronología fueron surgiendo barrios de ubicación más o menos acertada, pero de innegable necesidad: Las Angustias, La Chana y La Encina, entre las carreteras de Córdoba y de Málaga, fueron populosos arrabales donde el bautizo de sus calles a base de flores, pueblos, héroes, santos, escritores y artistas, debieron torturar la inventiva edilicia.

No así en el sector meridional y otros del este, como el de La Quinta que resolvió el problema con el Quijote; la mal llamada Ciudad Jardín, que naturalmente lo hizo a base de flores; el de San Francisco, con calles toreras; el de San Francisco Javier, con el santoral; la barriada de La Paz, con pintores y escultores; la ribera del Beiro, que casi agotó el escalafón de notabilidades médicas; el Polígono de Cartuja prefirió para sus calles nombres de nuestro parnaso literario; y, por último, el barrio que a fuerza de volátiles se llamó de los Pajaritos.

Los de La Virgencica y el de La Juventud carecían hasta hace poco de callejero nominado y, finalmente, el pequeño Haza Grande y ese bo-

rrón de cemento que han puesto sobre el paisaje de la Vega, el esperpéntico Zaidín, presentan una variadísima gama en el nomenclátor de su callejero.

Esos callejeros de tantos y tantos barrios, maltratados en sus apelativos a impulsos de políticas ventoleras, igual que esta Granada y su entorno, están siendo maltratados por la barbarie enciclopedista llamada progreso, como si existiera el firme propósito de que ni por su urbanismo ni por su toponimia, quede vestigio alguno del pasado de una ciudad, a la que Ganivet apellidó la Bella, puesta hoy en trance de que sea la Fea.